

Ira lo miraba todo algo perpleja, como una muñeca nueva recién extraída de su burbuja de celofán. Ira y su dieta estricta de coca, chicles de menta y perpetuos Marlboro Light.

No había cumplido los veinte años y apenas era capaz de sostener el Martini cargado de vodka que no pensaba pagar. Aquél parecía un ejercicio imposible contra las leyes básicas de la física, contra la fuerza de la gravedad; su codo huesudo sobre el cristal transparente de la mesa, seguido de un antebrazo finísimo y una mano pequeña, algo indecisa, como sujeta por un hilo a punto de quebrar.

La belleza lo redime todo; Ira no era una excepción. El Atlántico, por otro lado, era un tugurio grandioso y neoclásico, apestado de productores divorciados y de reminiscencias tardías de los ochenta. Un lugar en el que las niñas malcriadas adornaban los lavabos mientras se ayudaban unas a otras a empolvase la nariz.

Ira miraba a Cecile, sentada a su lado. Su amiga recién estrenada había bebido demasiado y lucía un pegote de gasas y esparadrapo en el extremo del dedo anular. Se había puesto el vestido perdido de sangre y

hacía escasos minutos que había dejado de maldecir en algún dialecto eslavo. Llevaba un rato sin moverse del asiento, algo trágica, en absoluto silencio.

Momentos antes, bajo las miradas impertérritas de los guardias de seguridad, Cecile había entrado en El Atlántico dando voces, teniéndose en pie con dificultad, mal sujeta del brazo escuálido de Ira, un apoyo de por sí inservible, que había rechazado justo antes del comienzo de la escalera, antes de posar el tacón tembloroso sobre la moqueta, tanteando el filo del primer peldaño para comenzar un descenso deslavazado que la precipitó hasta el bar en una sucesión de trompicones.

Había intentado asirse al pasamanos, pero sus dedos sólo alcanzaron a arañar la pared, y Cecile había rodado escaleras abajo con una mueca negligente que no desmereció en absoluto su rostro angelical, tan cuidadosamente elaborado.

Durante la caída, o quizá entre la confusión aparatosa del aterrizaje, una de sus extensiones acrílicas se había desgarrado, llevándose consigo la uña verdadera. Ahora no dejaba de pensar en la eficacia infalible del superglue en los tejidos humanos.

Comprobó la dureza de las nueve uñas falsas que habían sobrevivido a la escalera recubierta de moqueta roja. Le resultaron extrañas. Las mujeres asiáticas del *nail bar* las habían implantado en cada uno de sus dedos hacía una semana. Aquellas muchachas enmascaradas que apenas hablaban inglés, tan diestras con la resina líquida y tan lejanas; intercambiando frases en cantonés en su tienda diminuta, mientras una de ellas le sujetaba la mano, trabajando minuciosamente cada una de sus uñas sin verle la cara, sin verla a ella. «To-

cándome y tan imposiblemente remota a mi —había pensado Cecile— probablemente destinada a morir de fibrosis quística de tanto respirar esta porquería».

Parpadeando despacio, para hacer que el *nail bar* se desvaneciera, Cecile intentó recobrar la inocuidad. Quiso regresar a la planicie segura de una lucidez comedida y sonriente. Debía de extenderse en algún lugar tras la absurda moqueta roja, tan pretenciosa, con un principio y un final tan claramente delimitados. Las cosas con una finalidad tan bien acotada nunca le habían inspirado confianza. Cecile sentía cierto recelo hacia los confines lineales de todo lo que la rodeaba. Creía que aquellas divisiones eran una invención de la geometría y de la historia. Aunque ya no recordaba si su propia convicción no era más que una ocurrencia prestada que había oído en alguna parte y que, a veces, le gustaba esgrimir. En realidad, ahora se resentía porque nadie le había advertido de ciertas líneas divisorias; o más bien de su ausencia y del índice de propagación que caracterizaba a aquella sustancia.

El fármaco, normalmente asociado al «a.m.» de una cifra, poseía además una facilidad asombrosa para infiltrarse en momentos postmeridianos; perduraba tras los paréntesis de tungsteno y de tubos fluorescentes, después de despedir, cada mañana, al manto naranja de nubes ciegas sobre la ciudad. Sus confines habían comenzando a extenderse más allá de las condiciones atenuantes y redentoras del polo obligado del día.

Cecile sentía el hecho de no haberlo intuido por sí misma; no como parte de un paisaje nocturno y predecible, o como un invitado inesperado en el recorrido de los días, sino como un vehículo que conducía hacia un

lugar exento de coordenadas temporales, sin una noción clara de momento.

Aquello entristecía o asustaba a Cecile que, ahora, odiaba a Ira por ser tan eficaz. Por arreglárselas siempre para deslizarse por el plano de lo inmediato con agilidad, adueñándose de las situaciones, vivaz y certera, a pesar de su colección completa de malas costumbres.

Cecile era incapaz de mantener el interés en la conversación y, mientras los demás hablaban, ella jugaba a contar las aves perdidas en el papel de inspiración oriental que recubría las paredes del bar. Algunas eran muy difíciles de distinguir entre las cañas de bambú dibujadas sobre un fondo rosa oscuro, casi granate. Batían sus alas de modo majestuoso en un intento —pensaba ella— de ahuyentar los excesos de la decoración ostentosa que las rodeaba. Entre los movimientos dibujados en su plumaje, Cecile vislumbraba su propio anhelo de no estar allí, de desaparecer con ellas en aquella blandura tan etérea.

Apenas había salido de su apartamento durante las últimas semanas, aquejada de esa *malaise* menor que se incubaba al encontrar una dedicación fácil que engrana con la mecánica de lo cotidiano, encajando en ella con tanta naturalidad, que se hace casi imperceptible. Había acometido aquella actividad con un sosiego perfectamente consecuente que no había requerido, tan siquiera, un período de adaptación o de aprendizaje.

Sentada en la cocina, Cecile abría el precinto del envase de corcho blanco que protegía las ampollas. Recorría con la mano la superficie de los tapones de metal dotados de una pequeña membrana circular. Elegía tres o cuatro unidades evitando ampollas contiguas, en for-

maciones geométricas o en alineación diagonal. Fracturaba el cuello de cada ampolla con cuidado y vertía su contenido sobre un plato de metal dispuesto sobre una cazuela al baño maría, con «m» minúscula. Lo que más le gustaba de las ampollas era su musicalidad, el juego cristalino que brotaba de ellas al manipularlas.

Mientras el agua hervía en la cazuela, Cecile se limaba las uñas postizas o le hacía la manicura al desfile irregular de amistades que entraban y salían de la cocina. Los billetes, la balanza electrónica, los restos de polvo sobre la mesa y todo lo que iba a parar a su preciosa nariz había acabado por confundirse con lo que iba a parar a las narices, a menudo no tan agraciadas, de sus amigas. A veces sentía que se había extraviado entre los utensilios de cocina, los restos de comida, las latas vacías, la correspondencia abierta; entre los números. Fechas, horas, gramos, minutos, libras y onzas que se le habían ido escapando hasta llegar a eludirla por completo.

No le preocupaba demasiado, pero siempre se aseguraba de que ninguna de sus visitas se marchara con la impresión de que prefería ignorar sus obligaciones aritméticas. En el primer cajón de la mesa del mueble de cocina siempre había dinero. Papel moneda, liso o plegado, nuevo, usado, arrugado, viejo. Su olor había llegado a impregnar la madera del cajón, como un manto de hojas secas que nunca llegaban a descomponerse para completar su ciclo vital. Ella había decidido no hacer uso de las matemáticas mientras el cajón se mantuviese lleno.

El vapor de las ampollas inundaba la casa. A Cecile le gustaba transformar el líquido transparente en aquel

polvo blanco tan real, como un primer ejercicio de alquimista amateur que descubre que el oro está compuesto en realidad de otras sustancias. En su caso siempre acababa por materializarse en aquel papel crujiendo, la mayoría de las veces de color verde o, en función de su pericia, azul, rojo o morado también.

Medía el tiempo en intervalos sin relación con los días. De vez en cuando se levantaba de la mesa para rascar con la cuchilla la superficie de metal y extraer una corteza fina del residuo blanco y esponjoso que aún estaba algo húmedo. Luego lo separaba con cuidado, mientras hablaba por teléfono, bostezando entre el rocío de la resina, la acetona y el vapor mineral que emanaba del plato metálico.

Su amiga Ira se había negado a incorporar aquella receta a su dieta especial, a pesar de que Cecile había intentado persuadirle de su pureza absoluta en numerosas ocasiones, recordándole continuamente que procedía directamente de un laboratorio farmacéutico con control de calidad, no como aquella otra mierda mucho más cara, manoseada por italianos con acento antillano de imitación, que su amiga consumía sin contemplaciones.

También, a menudo, odiaba a Ira por su facilidad indolente para despreciar los ofrecimientos de los demás.

Entre las aves camufladas en el papel oriental y su odio de patio de colegio, la voz de su amiga le sobresaltó:

—Vamos al lavabo. —Ira se había puesto en pie y la miraba con una sonrisa abierta y efervescente. Parecía tener prisa y Cecile no acertó a diferenciar en su voz si la sugerencia había sido un interrogante o una orden.

Sin contestar a Ira, buscó el monedero en el interior de su bolso. Abrió la cremallera del compartimento lateral y extrajo la moneda de cobre que tenía guardada para ciertas ocasiones.

La última de sus obsesiones había comenzado una tarde entre semana, en un momento en el que Cecile se había sentido incapaz de tomar una decisión.

No paraba de llover. La nevera estaba vacía. No más sopa de sobre en los armarios de la cocina. El *take away* más cercano a unos cuantos bloques de distancia. Llovía tanto que no sabía si salir a la calle o quedarse en casa sin cenar.

Delante de la ventana, viendo el agua chorrear contra los cristales, Cecile había asistido al prelude de una lástima nueva y autocomplaciente. Había sentido el peso verdadero de algo cercano a la independencia o a la libertad. No había nadie a su alrededor a quien preguntarle, no había nadie, aparte de su estómago mal acostumbrado, a quien pudiera contradecir. Llevaba toda la tarde lloviendo y lo que sucediera a continuación dependía de ella únicamente. Lo que sucediera a la mañana siguiente dependía de ella también y no repercutiría, al menos no de modo significativo, sobre nada o nadie más que sobre ella misma.

A un cierto temor inicial le siguió una especie de revelación, de esas que suceden en un marco doméstico y que no tienen nada que ver con zarzas ardiendo en medio del desierto. Entendió que el resultado de su decisión era, en el fondo, irrelevante. Le daba igual salir o no a la calle; en realidad no le importaba quedarse sin cenar, pero Cecile decidió que no se podía resignar a aquella falta perpetua de protagonismo; a aquella falta

de deferencia por parte del destino, que parecía haberlas aparcado, a ella y a su pequeña existencia, entre ocho esquinas sin calefacción.

Así que Cecile rebuscó en el segundo cajón de su mueble de cocina, entre muchos cubiertos, una colección de llaveros gratuitos, utensilios de manicura, azucarillos pétreos y varios dientes de ajo. En el fondo del segundo cajón, custodiando el otoño perenne de billetes, encontró una moneda de dos peniques a la que hizo depositaria de su destino. Un destino que a partir de entonces sería algo accidental pero extremadamente preciso.

Cecile adoptó aquella norma con la convicción total y absoluta con la que sólo se deciden las cosas absurdas. Si salía cruz, saldría a la calle; si salía cara, no se mojaría pero se quedaría sin cenar. Lanzó la moneda al aire, dejó que rodara por el suelo de la cocina y aquella noche Cecile tuvo que caminar hasta Elgin Avenue bajo la lluvia, para cenar *pad thai* por intervención directa de las fuerzas gravitatorias del devenir.

En otras circunstancias no hubiese dudado en acompañar a su amiga al lavabo, pero por un instante, Ira, tan bella, le pareció alguien en quien no debía confiar; así que la moneda de dos peniques rodó por el suelo de El Atlántico y acabó perdida bajo la mesa, entre las patas gruesas de bambú y entre las piernas de aquellos amigos que, en realidad, nunca había llegado a conocer.

Cecile pidió a gritos que nadie se moviera mientras buscaba su moneda de rodillas, con ansiedad. ¿Y si alguien la volteaba de una patada haciéndole tomar la decisión equivocada? No podía tirar otra vez. Aquélla era la norma más esencial y sagrada. Una pregunta, una sola oportunidad. La segunda tirada rompería la

validez de su juego para siempre, como un desafío imperdonable a la sabiduría indiscutible del azar. De pensamiento, palabra, obra u omisión. La falta de fe. Uno de esos pecados terribles que nunca quedan sin castigar y que quién sabe qué maldiciones podría acarrear.